

El Almirante Bernardo de Vilamarí I

Por RAFAEL TORRENT ORRI

Premio de la Excm. Diputación Provincial
en los Juegos Florales de Gerona de 1957.

SUS ANTECESORES

II

La reina D.^a Sibilia de Fortiá y su familia materna

De nuestra reina ampurdanesa, cuarta esposa de Pedro el Ceremonioso, se conoce con detalle su linaje paterno; en cambio, el materno permanecía en la penumbra. No es que fuese desconocido el nombre de su madre, quien estuvo siempre al lado de D.^a Sibilia durante su reinado, desde 1377 hasta 1388. Presidía las mujeres y doncellas que constituían la corte de la reina. Pero es llamada por el apellido de su difunto esposo, Berenguer de Fortiá, es decir, «Madona Francescha de Fortiá», o bien, en otros casos, «Madona Fortiana». Sólo una vez, en cierta relación de los miembros que formaban

obra referida (26), sabemos era la madre de la reina. Así se deduce que Madona Francescha Vilamarí y Madona Francescha de Fortiá eran una misma persona, aunque de ello no se diera cuenta el propio biógrafo de la reina ampurdanesa, José María Roca, pues nada dice sobre el particular, ya que se refiere a la madre de la reina sin emplear jamás el apellido Vilamarí, así como en el Índice Onomástico figuran Madona Francescha de Fortiá y Madona Francescha Vilamarí como dos personas distintas.

— Pero que eran una sola persona no solamente se deduce por la razón que acabamos de exponer, sino también por el atento examen de los demás parientes de la reina, llamados Vilamarí, que se mencionan.



Castillo de Palau Sabardera (Gerona)

la corte de la reina, en el año 1377, se menciona en primer lugar, como presidiéndola, a «Madona Francescha Vilamarí» (24), pero en otra relación, de igual año, de la corte de la reina, figura en primer lugar «Madona Francescha de Fortiá» (25), que por otra lista y por el contexto general de la

Asbert de Vilamarí, primo de la reina, gracias a ella, ostentó sucesivamente los cargos de Rector de Inca, canónigo de la Seu de Urgel, canónigo y paborde de Gerona y canónigo sacristán en la sede de Lérida (27). Podría ser el mismo Asbert de Vilamarí citado por Juan II, cuando escribe, el

10 de noviembre de 1461, a su esposa D.^a Juana Enríquez las dificultades que hay de atender su petición para que se otorgue la Capellanía de Amposta a Fr. Asbert de Vilamarí, a pesar de haber sido proveído en Rodas por su «*antiguidat e ancianidat*», pues conviene mejor al servicio de la Corona Fr. Bernardo Hugo de Rocabertí (28).

Al servicio de la reina D.^a Sibilia estaban Bernardo Ramón de Vilamarí, Berengueró de Vilamarí y Ramón de Vilamarí (29).

Cuando la reina, ante el temor de la inminente muerte de su esposo, huyó de Barcelona, el 30 de septiembre de 1387, le acompañaban, con su madre y su hermano Bernardo de Fortiá, entre otras personas, Bernardo Ramón de Vilamarí y su hermano Botafoch (30).

Del estudio de la referida obra, muy notable, de J. M.^a Roca, se desprende otra importante deducción: El tío de la reina, Fr. Ramón de Palau, Comendador de la Orden del Hospital en Avinyonet y Castelló de Ampurias, era un miembro de los Vilamarí de Palau Sabardera, a la que también pertenecía su hermana Madona Francescha, madre de la reina (31).

Pedro el Ceremonioso, el 21 de junio de 1383, daba órdenes para que se facilitase la mejor manera a la madre de la reina, necesaria para construir su castillo de La Garriga de Rosas, enviada por mar a este puerto (322). Más tarde, le concede todos y cada uno de los hombres del Castillo o lugar de La Garriga de Rosas, en el condado de Ampurias, y sus términos, habitantes y futuros pobladores. El rey, a ruego de su esposa, le dió, asimismo, a perpetuidad para ella y los suyos, una viña situada en el término de Palau Sabardera, así como otra viña en el término del castillo de La Garriga de Rosas (33).

Muerto el Rey Pedro, el conde de Ampurias, creyéndose impune, por tratarse de bienes de una familia caída en desgracia, se apodera del castillo de Çagarriga —es decir, de La Garriga de Rosas—, con sus fueros y pertinencias, pero el Rey Don Juan, a ruego de Francescha Vilamarí (o Francisca de Fortiá), ordena al Conde que todo le sea devuelto, reiterándole la orden cuatro meses después, bajo pena de mil florines de oro, en caso de incumplimiento.

Muerta Madona Francescha, el Rey Don Martín hizo indemnizar a Bernardo de Fortiá, como heredero universal de su madre, del tiempo que indebidamente tuvo en su poder el castillo de Çagarriga el conde de Ampurias. También ordenó que se cumpliesen las tres sentencias a favor de la restitución del castillo y lugar de Çagarriga y

de Bufagranyes a Bernardo de Fortiá, quien, después de ostentar el cargo de Gobernador General de Cataluña, se convierte en hombre de mar, patrón de galera (34).

El mismo autor de estas líneas, fiado en la autoridad de un solvente historiador, escribió en otra ocasión que D. Francisco de Sagarriga, quien, el 24 de julio de 1392, compró al rey Juan I los feudos de Pontós, Crexell y Borrassá con sus castillos (35), era de noble familia procedente de San Feliu de la Garriga, lugar del término municipal de Vilademat.

Sin negar que de este lugar, así como de otros del mismo nombre, hayan surgido familias de este apellido, ahora creemos, en el caso contrario del citado D. Francisco de Sagarriga y de sus descendientes, que procedían del antes indicado castillo de Çagarriga de Rosas, por los motivos que vamos a exponer.

Juan de Vilamarí, doncel, es veguer de Cataluña y baile de Puigcerdá, en el año 1385, o sea, en pleno reinado de la reina Sibilia, gran protectora de toda su parentela (36).

Probablemente es el mismo Juan de Vilamarí del siguiente episodio: «En aquella ocasión —cuenta Zurita, refiriéndose al año 1411— se pusieron todos los caballeros y hombres de paraje (*paratge*) del Ampurdán en armas por acudir, los unos, a Juan de Vilamarí, que era primo del arzobispo (Pedro de Sagarriga), y los otros, a Ramón de Sagarriga, gobernador del Rosellón y Cerdeña, su hermano; porque Juan de Vilamarí, algunos días antes, con ciertas compañías de pie, entró por fuerza de armas al castillo de Palau Sabardera que le tenía Ramón de Sagarriga. Juntáronse para aquel caso los parientes y valedores del hermano del arzobispo, que era un muy principal caballero, en el castillo de Garrigás, que está muy cerca. Por una novedad como ésta, que fué causa de grandes alteraciones en aquellas comarcas, fué enviado Pedro de Sant Climent al condado de Ampurias, que era de la señoría de los consejeros de Barcelona, y según las costumbres del Principado, convocó las huestes sobre el castillo de Palau, con el estandarte de San Jorge, en nombre del General (Generalidad) de Cataluña, y púsose toda aquella tierra en armas por ser en ella muy poderosas las partes». El sábado, 3 de octubre, partieron de Barcelona las fuerzas para el sitio del castillo de Palau Sabardera, y el día 23 del mismo mes, estaban ya de vuelta (37).

La intervención de la Generalidad Catalana, en los referidos sucesos, se comprende mejor si uno recuerda que el hermano de Ramón Sagarriga, el

Arzobispo de Tarragona, Pedro de Sagarriga, era el Presidente del Parlamento catalán y el principal dirigente del Gobierno de Cataluña.

Que Ramón de Sagarriga sea hermano del Arzobispo y Juan de Vilamarí su primo, queda muy bien explicado si se admite que ambos Sagarriga

entre los Sagarriga y los Vilamarí fuese una dudosa cuestión de herencia. Zurita la expone como un típico caso de bandería. Además, la lucha entre los partidarios de Jaime de Urgel y de Fernando de Antequera no fué hasta después del Compromiso de Caspe, dictado el 25 de junio de 1412 y



El Castillo Nuevo de Nápoles

proceden del castillo de Sagarriga de Rosas, construido por la madre de la reina Sibilía y heredado por su hermano Bernardo de Fortiá y de Vilamarí, cuyos hijos adoptaran, según costumbre de la época, el apellido de su feudo.

De confirmarse este aserto, muy probable, resultaría que de modo accidental habríamos descubierto la cuna de un personaje de tanta trascendencia histórica como el arzobispo de Tarragona, Pedro de Sagarriga, uno de los jueces del famoso Compromiso de Caspe. Su genealogía y cuna será objeto de otro artículo en curso de preparación.

Del relato que da Zurita de los anteriores sucesos del castillo de Palau Sabardera, parece desprenderse que su legítimo dueño era Ramón de Sagarriga. El autor de estas líneas no solamente lo duda, sino que más bien sospecha lo contrario, ya que años más tarde, como veremos, el citado castillo es poseído por la familia Vilamarí. Por otra parte, hay que recordar que la madre de la reina Sibilía de Fortiá, Francesca de Vilamarí, así como el hermano de ésta, Fray Ramón de Palau, procedían de Palau Sabardera. Es posible que la disputa en-

los sucesos antes narrados acaecieron un año antes. Tanto los Sagarriga como los Vilamarí estuvieron siempre al servicio de Fernando de Antequera y de sus sucesores.

En el próximo y último artículo se darán más noticias sobre el castillo de Palau Sabardera.

SUS GESTAS

*El almirante Bernardo de Vilamarí I
en el reinado de Alfonso el Magnánimo*

La estirpe de los Vilamarí, además de dos obispos y la madre de una reina, dió una serie de intrépidos almirantes, el primero de los cuales fué aquel Guillermo de Vilamarí, muerto en 1305, en lucha heroica contra los genoveses, pero cuya vocación fué seguida por otros varios descendientes, siendo el más famoso Bernardo de Vilamarí I, así llamado por nosotros, para distinguirlo del nieto, su homónimo, también gran almirante.

La primera noticia que tenemos de Bernardo de Vilamarí I data de 2 de marzo de 1426, cuando

Alfonso el Magnánimo entró en negociaciones con los florentinos —como los catalanes, rivales mercantiles de los genoveses—, para cuyo fin su hermano menor, el Infante Don Pedro, desde Sicilia se trasladó a Puerto Pisano para reunir a los representantes de ambas partes a celebrar la conferencia en la galera de Bernardo de Vilamarí, llegándose a un acuerdo (38).

El Rey Alfonso, desde Nápoles, el 25 de junio de 1445, escribe a Bernardo de Vilamarí, *al magnífich e amat conseller, Capitá general de nostres galeres*, para que se ponga en buena inteligencia con micer Segismundo Pandulfo de Malatesta, para combatir al conde Francisco Sforça y demás enemigos (39).

Para el logro de la hegemonía en Italia, la Corona de Aragón, aliada con el Estado de Milán, luchó contra Venecia, en el año 1449. Los venecianos, por medio del atraco de una nave incendiada contra la escuadra catalana, la convirtieron en una inmensa hoguera. Para vengar este agravio, el Rey Alfonso mandó alistar diez galeras, capitaneadas por Bernardo de Vilamarí, con la orden de partir hacia el mar Adriático. Venecia tenía entonces doce galeras perfectamente armadas y equipadas, cuyo almirante, al saber la salida a la mar de las enemigas, levó anclas para ponerse en observación. Cuando navegaban en alta mar, se levantó súbitamente una tempestad que dispersó su armada. Cinco de sus galeras fueron llevadas al Epiro, en donde antes habían hecho rumbo las nuestras. Al ir a tomar tierra en el puerto de Cotúnico, encontraron allí ancladas a las aragonesas. Bernardo de Vilamarí se aprestó a reñir batalla, pero los venecianos emprendieron veloz huída, perseguidas por Vilamarí. En su fuga, embarrancaron dos galeras enemigas, las cuales cayeron en nuestro poder, así como otra fué apresada, mientras las restantes pudieron escapar.

Nuestro almirante se dirigió después a hostilizar las islas que poseían los venecianos en el mar Egeo, tomándoles muchas naves, así como se infringió un duro castigo a las tierras costeras. Al firmarse la paz, Vilamarí regresó a Nápoles.

Para contrarrestar los alardes de fuerza de los turcos, el Rey Don Alfonso, en el mismo año de 1449, mandó a Vilamarí que con su escuadra ocupara la isla de Rhodas y rehaciera la fortaleza que en ella había existido. Nuestro almirante cumplió perfectamente su cometido, visitó sin cesar las islas inmediatas y durante más de dos años apresó de continuo muchas naves infieles cargadas de mercancías, hasta que llamado por el Rey, dejó una

buena guarnición en la fortaleza reedificada de Rodhas, antes de regresar a Nápoles (40).

Cuando los florentinos, a fines de 1449, sitiaron la plaza de Castiglione de la Pescaia, Alfonso el Magnánimo mandó a Simonetto, conde de Castro Piero, por tierra, y a Bernardo de Vilamarí, por mar, con todas las galeras disponibles, en auxilio de la guarnición que teníamos en aquella plaza (41).

A raíz de la paz con los venecianos, la armada de Vilamarí, en 1450, regresó a Nápoles. Para celebrar sus victorias, el Rey dispuso que este almirante fuese recibido con toda solemnidad. Salieron a recibirle hasta el puerto el Consejo Real entero con el Regente y la embajada barcelonesa que circunstancialmente se encontraba allí. Fueron empavesadas las galeras e iban escoltadas por la de mosén Pach de Mallorca. Bernardo de Vilamarí fué colocado entre el conde de Fundi y Juan Marimón, uno de los embajadores de Barcelona. En pos de ellos, iban el conde de Broenza, Benito Zapila y mosén Gonzalo de Nava, patrón, con los demás reunidos, entre caballeros y curiales. Todos ellos, se dirigieron a la Catedral a dar gracias al Altísimo (42).

La ciudad de Constantinopla, único vestigio del imperio bizantino, estaba bajo la amenaza de los turcos. Para salvarla, el Magnánimo, de acuerdo con la Santa Sede, hizo reiterados esfuerzos. Constantino subió al trono de Constantinopla gracias a las naves catalanas que le condujeron a la capital. Al sucederle su hermano Demetrio, sus embajadores firmaron con Don Alfonso un tratado de alianza familiar y político, el 5 de febrero de 1451, por el cual se convino el matrimonio de la hija de Demetrio con un sobrino de nuestro conde-rey. Albania y la Morea pasan a ser las bases continentales del plan de ataque contra los turcos, a la hora que Bernardo de Vilamarí se adueñaba de Casteloryzo (43).

Tres años al amparo de este puerto, nuestro Rey mantuvo sus naves en los mares de Levante. En una empresa que interesaba a toda la Cristiandad su esfuerzo no había recibido ninguna ayuda. Ahora, sin esperarla, vuelve a obrar por cuenta propia. En el verano de 1453, envía dos divisiones navales al Archipiélago. El intrépido Bernardo de Vilamarí manda veinte galeras; Juan de Nava, cuatro (44).

En lucha Aragón y Florencia, los florentinos, en mayo de 1453, ponen sitio a la plaza de Vada, mientras Bernardo de Vilamarí con sus galeras se esforzaba en sostenerla, introduciendo víveres en ella y procurándole medios para fortificarse y resistir. Las galeras de Grageda, de Roger de Eparça y de Bernardo de Requesens, enviadas por el Rey

como refuerzo, estaban también bajo el mando supremo de Bernardo de Vilamarí, quien recibió la orden real de costear toda la marina de Pisa y no moverse de allí.

El Magnánimo quedó muy complacido de la defensa de Vada. Por eso, a Bernardo de Vilamarí, su principal fautor, en recompensa, le nombró Gobernador y Capitán de los condados de Rosellón y Cerdaña, cargos que vacaban por muerte de Bernardo Albert (45).

Al declararse de nuevo la guerra entre Don Alfonso y los genoveses, éstos, en 1454, aparejaron una importante escuadra al mando de Juan Felipe Frisco, acérrimo enemigo de los catalanes, con el intento de atacar Nápoles e incendiar sus buques. Para evitar este peligro, Bernardo de Vilamarí se hizo a la mar con sus galeras. Descubrió a la armada genovesa, compuesta de 14 naves, entre las islas de Capri e Ischia. Enterado de ello, Don Alfonso dió orden de tomar todos las armas y dirigirse al puerto. Los genoveses, en vez de atacar, hicieron rumbo al fondeadero de la isla de Prócida, donde largaron áncoras. Esta demora dió tiempo a que, al día siguiente, regresara Vilamarí con sus trirremes y mejorara la defensa del puerto. Durante tres días la escuadra genovesa navegó a la altura de Nápoles, pero siempre fuera de tiro de lombarda, limitándose a hacer un alarde de su fuerza, para volver a su punto de partida. A todos maravilló aquella ostentación inútil, puesto que dada la imperfección de las defensas del puerto, su resistencia era difícil.

Bernardo de Vilamarí, con sus galeras, procuró coger a los enemigos separados y alejados unos de otros. Para ello, se escondió en la isla de Ischia. Una vez anochecido, levó anclas y puso la proa hacia Ponza, con siete galeras en vanguardia. Faltó poco para que todos los buques genoveses no quedaran apresados en el puerto. Al ver la escuadra real, cundió la confusión y el barullo. Las maniobras de una galera no hacían sino estorbar las maniobras de las otras. No tuvieron más remedio que largarse a toda fuerza de velas y de remos. Cuando Vilamarí lo advirtió, hizo grandes esfuerzos para alcanzar a los fugitivos. A unas 25 millas de Ponza, seis galeras genovesas, entre ellas la que mandaba Fregoso, se vieron tan acosadas y en peligro, que hubieron de dirigir su proa a la playa. A merced del viento, embarrancaron con tal ímpetu que sus cascos se sumergieron en la arena, abriéndose por todas partes. Llenos de terror, los tripulantes abandonaron los trirremes y se dispersaron por doquier, con el único afán de huir. Armas, banderas, artillería y demás bagaje cayó en poder de Aragón.

Tres días después, Anequino Corso se dirigió a Ponza con su trirreme, ignorante del desastre que habían sufrido los suyos. Vilamarí había anclado en dicha isla y dispuesto que nueve trirremes de su escuadra enarbolasen las banderas tomadas a los genoveses. Anequino conoció el engaño cuando ya no estaba en disposición de remediarlo. No tuvo más opción que entregarse a Vilamarí.

Los nuestros intentaron poner a flote algunas de las galeras varadas. Sólo pudo salvarse una. Las demás estaban tan averiadas que quedaron inútiles para prestar servicio. Para no perder tiempo, fueron quemadas. El colmo de la desdicha genovesa fué que cuando Fiesco se dirigía a Génova, se levantó una gran tormenta a la vista de Córcega, de tal modo que toda su escuadra se dispersó, sufriendo graves averías.

Bernardo de Vilamarí llegó a Nápoles con dos trirremes enemigos. El y toda la tripulación, de la que formaba parte algunos varones de esclarecido linaje, fueron recibidos por el Rey con suma alegría y la ciudad entera les tributó grandes honores (46).

Don Alfonso, desde Nápoles, envió, a principios de 1455, al almirante Berenguer de Eriú, asistido de las armadas de Vilamarí y de Juan de Sant Climent, contra los genoveses, para ocupar la plaza de Bonifacio de la isla de Córcega, que su gobernador había ofrecido entregar (47).

El Magnánimo, para evitar que Francia se apoderase de la Señoría de Génova, envió, aquel mismo año, a Bernardo de Vilamarí, para bloquear este puerto, por medio de una fuerte escuadra, de la que formaban parte poderosos emigrados genoveses, enemigos de la facción dominante (48).

Ante tan difícil situación, el dux de Génova, Pedro de Campofregoso, abdicó a favor del rey de Francia, Carlos VII, quien envió a Génova como representante suyo a Juan de Anjou, duque de Calabria. Este llegó el 11 de mayo de 1458. Los genoveses le juraron fidelidad y él juró las leyes y privilegios de Génova.

Nuestro Rey renovó más que nunca su acción contra el poderío genovés, ayudado especialmente por los barceloneses. Se unió a Bernardo Vilamarí, que mandaba veinte galeras, Pedro Serra, *Conseller en Cap* de Barcelona, al frente de dos galeras, cuatro naos gruesas y un ballenero, así como Pedro Juan de Santcliment, ciudadano barcelonés, capitán de la armada real de naos; Galcerán de Requesens, con sus galeras; Vidal de Vilanova, casado con D.^a Tecla de Borja, sobrina del Papa; Suero de Nava y Juan Torrellas. Según Campmany, entre todos, formaban sesenta buques.

Bernardo de Vilamarí, como supremo almirante, ordenó combatir a la ciudad y castillo de Noli, que lograron ocupar, después de mucho esfuerzo y heroísmo. Luego atacó a Recho. Ya estaba para rendirse, cuando fué socorrido por la escuadra genovesa. Al fin cayó su castillo, igual que el de Camacho. Después sitió a la ciudad de Génova, por tierra y por mar, así como se dió un feroz asalto, en la esperanza que ayudarían desde dentro, cosa que no sucedió.

La defensa de Génova estaba confiada no solamente a las fuerzas del Dux Pedro, sino también a mucha tropa que se había llevado de Francia el Duque de Anjou, en diez galeras que estaban en el puerto, cerrada su entrada con cadenas y con vigas. A pesar de estas defensas, se iba estrechando el cerco a los genoveses, cada vez en mayor aprie-

to, cuando dió un inesperado desenlace la grave noticia de la muerte de Alfonso el Magnánimo, acaecida el 27 de junio de 1458.

La escuadra de los sitiadores se dispersó súbitamente. Unos buques volvieron a Cataluña; otros entraron en los puertos del reino de Nápoles. Parte del ejército se retiró a las montañas. Los genoveses, atónitos de tan imprevista liberación, apenas podían alegrarse, porque la carestía y la mala calidad de las vituallas de que se habían alimentado durante el sitio, así como las fatigas y descalabros de la guerra, habían creado en la ciudad una enfermedad contagiosa, que mató más gente que los tiros del enemigo (49).

La muerte del Rey Alfonso malogró la que hubiera sido seguramente la mayor victoria de Bernardo de Vilamarí.

(24) J. M.ª Roca. *La reina empordanesa*. Primera biografía contenida en la obra *SOBIRANES DE CATALUNYA. Fundació Concepció Rabell*, pág. 27. Barcelona, 1928.

(25) J. M.ª Roca. Obra citada, pág. 28.

(26) J. M.ª Roca. Obra citada, págs. 21, 27-8, 48, 95-6, 106, 142 y 149.

(27) J. M.ª Roca. Obra citada, págs. 95-6 y 179.

(28) Nuria Coll Juliá. *D.ª Juana Enriquez*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tomo I, pág. 151. Madrid, 1953; tomo II, págs. 246-7. Madrid, 1953.

(29) J. M.ª Roca. Obra citada, págs. 27-28.

(30) Lorenzo Riber. *Sibilla de Fortiá*, pág. 49. Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1944; y J. M.ª Roca. Obra citada, pág. 142.

(31) J. M.ª Roca. Obra citada, págs. 80, 88-90, 95, 181-2.

(32) J. M.ª Roca. Obra citada, pág. 187.

(33) J. M.ª Roca. Obra citada, pág. 95.

(34) J. M.ª Roca. Obra citada, pág. 149.

(35) F. Monsalvatje. *Colección Diplomática del Condado de Besalú. Noticias Históricas*, tomo XII, pág. 578. Olot, 1902; Rafael Torrent, *Genealogía y Gestas de los nobles de Crexell*, página 56. Biblioteca olotina. Olot, 1953.

(36) J. Serra Vilaró, Pvre. *Baronies de Pinós i de Mataplana*, pág. 484. Biblioteca Balmes. Barcelona, 1930.

(37) F. Monsalvatje. *Los condes de Ampurias vindicados*, páginas 220-1. Olot, 1917.

(38) José Ametller y Vinyas. *Alfonso V de Aragón en Italia*, tomo I, pág. 115. Gerona, 1903.

(39) José Ametller. Obra citada, tomo III, págs. 663-65. San Feliu de Guixols, 1928.

(40) José Ametller. Obra citada, tomo II, págs. 663-65. Gerona, 1903.

(41) José Ametller. Obra citada, pág. 675.

(42) José Ametller. Obra citada, pág. 679.

(43) Ll. Nicolau D'Olwer. *L'expansió de Catalunya a la Mediterrània oriental*, pág. 187; A. Rovira i Virgili. *Historia Nacional de Catalunya*, vol. VI, pág. 390. Barcelona, 1931.

(44) Ll. Nicolau D'Olwer. Obra citada, pág. 190; A. Rovira i Virgili. Obra citada, pág. 391.

(45) José Ametller. Obra citada, págs. 755 y 764.

(46) José Ametller. Obra citada, págs. 782-87.

(47) Víctor Balaguer. *Historia de Cataluña*, vol. 6, págs. 115-16. Madrid, 1886.

(48) A. Rovira i Virgili. Obra citada, pág. 431.

(49) José Ametller. Obra citada, págs. 824-27.

ENCUESTA por Miguel Gil

(Viene de la página 38)

Un Museo que recoja los viejos trofeos y que acierte a darles la fisonomía de algo que vive y permanece. No un cementerio de recuerdos gloriosos, sino un exponente cordial de que el eco, el significado y la lección de la gloriosa herencia, conservan íntegro su valor.

2 Son muchos los lugares de Gerona cuyo papel, en aquellos días gloriosos, justificaría el que albergaran hoy el Museo. Quizá entre ellos destaca la Torre Giornella, contando naturalmente con la necesaria restauración previa.

En ella, como pórtico del conjunto, una sucinta historia de los acontecimientos en las fechas memorables —a base de cuadros con exposiciones sucintas— referida

a un relieve topográfico que permitiera de una ojeada al visitante «situarse» y quizás «enterarse», porque, probablemente, no serán pocos los que sepan que «allí pasó algo», pero que se verían en apuro a la hora de puntualizar sobre qué, cómo, cuándo y quién.

¿Colaboración? Los particulares y las entidades debieran ceder cuantos objetos de toda índole —provenientes de aquellos días y aquellas luchas— conservaran en su poder.

A esta solicitud convendría darle la máxima difusión, y otro tanto a la pesquisa que condujera a obtener piezas interesantes por compra, teniendo en cuenta que mucha parte de lo que pudiera y debiera estar en el Museo puede estar ahora en el otro extremo de España o al otro lado de la frontera.